

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

524

25
c/s

MILTON SILLS

JANE KEITH

MAREA ALTA



MAREA ALTA

SANTELL, Alfred

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

{ Pasaje de la Paz, 10 bis

{ TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 524

"The Sea Wolf," 1930

Marea alta

Apasionante drama cinematográfico, interpretado
magistralmente por el malogrado actor Milton
Sills y secundado por Jane Keith y Raymond
Hackett

7 Mary Astor



Es un film FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

EVELYN BRENT

Prohibida la
reproducción

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Marea alta

Argumento de la película

El relato—lector o lectora—que tus ojos van a seguir, es la apasionante historia de uno de esos hombres rudos y temibles, admirables en su rudeza y grandiosos en su poder, que sólo de vez en cuando aparecen como nota discordante en el curso, siempre monótono, de la vida actual.

Nuestra historia es la de Larsen el Lobo, el capitán del barco infernal titulado *El Fantasma* y sobradamente conocido en todos los puertos de los siete mares.

El velero de Larsen acaba de llegar a Hakodate, Japón. Es este un puerto de escala para las almas perdidas.

Larsen ha ido a tierra, ha hecho acopio de libros como en cada viaje. Con ellos distraerá luego su tedio en el largo crucero que prepara. Antes ha dado órdenes a su segundo, Smoke, para que de cualquier modo que sea arramble con la tripulación que es necesaria al buque. Son necesarias estas medidas extremas, porque casi nadie que conozca a *El Fantasma* y a su dueño quiere enrolarse en él. Además, el hermano de Larsen, apodado "La Muerte", ha cuidado ya de hacerse con todos los hombres que había disponibles en Hakodate. Pero eso importa poco, Larsen sabe que ha de contar con la tripulación completa cuando se halle en alta mar... Los medios, no tienen importancia.

Sus andanzas llevan a Larsen el Lobo a un tabernucho de mala muerte. Una mujer le llama la atención. Es rubia, guapa... Pero un alma perdida, también, sin duda.

Ella se está empeñando en aquel momento en que un hombre, un americano—Larsen está seguro de ello—tome dinero que ella le ofrece. Pero el hombre lo rechaza. A pesar de su abyección, aun no quiere vivir a costa de una mujer...

Ella entonces se encara con el marino:

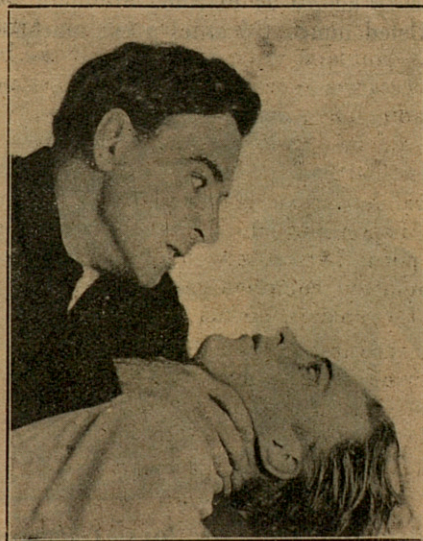
—¿Tú comprendes—dice—que un hombre que está sin un céntimo, pueda rechazar dinero?

Larsen la mira de arriba a abajo. No está mal la muchacha.

—Sí—dice—. Yo lo comprendo. Ofrécele más

y verás como acepta. Es de los que se hacen pagar bien.

El americano se vuelve hecho una fiera. Tam-



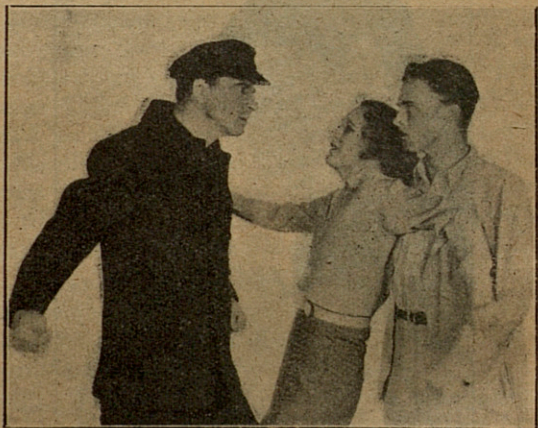
...se encuentra tendido sobre una mesa...

baleante avanza hacia el hombre que tan bajo le coloca. Intenta agredirle, pero antes de que pueda saber cómo ha sucedido, se encuentra tendido sobre una mesa y con el cuello agarrotado...

La joven causante de aquel barullo interviene y presto logra colocarse entre los dos hombres.

Luego les separan otros hombres. Y la muchacha se acerca al marino.

—Usted nunca vió antes a ese muchacho—le



...logra colocarse entre los dos hombres.

interpela—. ¿Por qué, pues, adopta con él esa actitud hostil?

Larsen contesta con rudeza:

—¡Es débil!

Para su concepto le parece es ya suficiente razón. Pero ve en los ojos de ella que no es así, y explica:

—Yo desprecio a los débiles. Aborrezco a los hombres de materia blanda.

La muchacha experimenta un sentimiento indefinible contra aquel hombrón. En su sentir hay odio y admiración. Y también lástima hacia el americano, hacia el débil.

—Tal vez haya llegado a un punto en que la vida no le interese—dice, defendiéndolo.

—En este caso, ¿por qué no se la hace él interesante?

No sabe ella qué contestar. La verdad sea dicha, también le sabe mal que aquel joven demuestre ser tan cobarde... Pero, asimismo, la irrita la confianza del marino.

—Se muestra usted tan confiado, que sería un placer poder darle una lección.

El hombrón ríe a las palabras de ella. Y su soberbia le dicta estas palabras:

—A mí nadie me da lecciones. Soy Larsen el Lobo.

—Yo he conocido a otro Larsen hoy—dice la joven frunciendo el ceño—. Se llama a sí mismo "La Muerte"... ¿Es acaso su hermano?

—¿Se vanaglorió él de serlo?

—Al contrario. Parece tener una pésima opinión de usted.

El Lobo sonríe. Le agrada cada vez más aquella chiquilla. Es valiente y ésta es para el marino la cualidad más estimable.

—¿Sabe usted que me gusta?—dice, esbozando algo que quiere ser una sonrisa—. Creo que la voy a llevar conmigo esta noche.

Ella le mira despectiva.

—Acostumbro escoger los hombres que me gustan, Lobo Larsen—manifiesta—. Y nada quiero con usted.

Y le deja plantado. Su grácil andar la conduce allí donde el americano está tratando de olvidar la derrota sufrida.

—Soy Lorna Marsh — le explica la muchacha—. ¿Quiere usted acompañarme a casa?

El se encoge de hombros. Se van juntos, y al salir topan con un hombre que pasa furioso por su lado. Aun llegan hasta ellos las voces de una disputa:

—¡Vas a recibir la mayor paliza de tu vida, Lobo!—ha gritado el recién llegado—. Yo te enseñaré a no quitarme mis hombres para llevarlos contigo.

La voz de Larsen el Lobo óyese tranquila si bien amenazadora:

—¡Ya hace tiempo que vienes hablando de palizas, "Muerte"!

Lorna y el americano se pierden en la barraúnda de la ciudad oriental.

* * *

El Fantasma avanza raudo por el océano Indico.

A bordo la tripulación forzada realiza los trabajos a su cargo.

En la cocina Mugridse, el cocinero, continúa con sus fanfarronadas de siempre.

Pero en aquel viaje, el velero, con gran descontento de los hombres fieles a Larsen, lleva a bordo una mujer. Es Lorna Marsh.

La joven ha tenido sus razones para aceptar la invitación que en el bar le hiciera el Lobo. Se ha interesado por el americano, por Rand, y la noche anterior le vió tan desesperado que temió le ocurriera hacer una barbaridad. Luego supo que los hombres del Lobo se lo habían llevado consigo al velero. Y ella, le siguió hasta allí.

La aparición de Larsen en cubierta paraliza todos los trabajos. El capitán dirige una mirada a su tripulación con aire satisfecho. Sabe que todos los enrolados a la fuerza le odian. Y que

los otros no le quieren. Pero por esto quizá mayormente es por lo que ansía verles bajo sus órdenes. No olvida que hubo un tiempo que él estuvo debajo y los otros le pisotearon; ahora le ha llegado el turno y está dispuesto a aprovecharse hasta el máximo.

Smoke ha hecho alinear a los hombres. Allí está también Schmidt, viejo lobo de mar que juró no embarcarse más en el barco. Y al ver de qué modo se halla de nuevo a su lado, Larsen no puede por menos de sonreír satisfecho. De pronto ve en las miradas de sus hombres que algo acontece a sus espaldas. Se vuelve.

Es Lorna, Lorna que sonríe a alguien.

Y entonces se hace la luz en el cerebro de Larsen. Hasta aquel momento se había estado preguntando el motivo de la presencia de la muchacha en su barco, cuando le había despreciado horas antes. Ahora ya lo sabía, había ido siguiendo alguno. Y a ese alguno le había visto en la fila de los recién "enrolados".

Sus mandíbulas se contraen al encararse con todos los hombres que se hallaban ante él y preguntar:

—¡Bien, señores! Están trabajando para el Lobo Larsen... ¿Tienen algo que objetar?

Nadie chista. Larsen pasa revista a sus hombres, dirigiéndoles algunas palabras burlonas. De esta manera llega hasta Rand, el americano. La respuesta que el joven da a su pregunta no le satisface y se lo demuestra tendiéndole a sus pies de un puñetazo.

—Es costumbre, a bordo, tratar de señor al capitán—gruñó. Y luego encarándose con la muchacha, testigo de la escena, añade: —Miss Marsh, usted se sonrió cuando vió a Rand... ¿Por qué no sonríe ahora?

Entretanto el pobre Rand se ha puesto trabajosamente a la fila, nuevamente. Larsen al verlo, le derriba otra vez de un golpe en la boca del estómago. Y ordena:

—¡Echadlo al agua!

Y es un trabajo gozoso para él, el tener que detener la furia de Lorna que se ha echado encima suyo con la furia de una leona.

—¡Cafre!—grita ella—. ¿Por qué no manda usted que se detengan? Podría sacar de él un buen provecho.

El Lobo Larsen hace un gesto. Smoken se detiene con su carga a cuestas.

—Bien—dice el capitán—. Le dejaremos continuar aquí. Siempre será tiempo de echarlo al mar y mientras tanto tal vez se desarrolle.

Y el infortunado es conducido a la cocina. Mugridse va a tener un ayudante para la limpieza. El fatuo del cocinero está que no cabe en la piel.

Larsen, en tanto, explica sus propósitos a la muchacha.

Pero ésta ni le escucha. Su ira es demasiado grande para ello.

—Para vengarse de mí—exclama—, derriba usted a un muchacho indefenso. ¡Es usted un valiente, Lobo Larsen!

El marino ríe, ríe a boca llena.

—Nunca encontré quien se me pueda enfrentar—dice con orgullo—. ¡Y lo siento! Usted cree que hay algo en Rand, ¿no es así? Bueno,



—¡Cafre!—grita ella.

pues le diré lo que voy a hacer. Le dejaré a bordo y haré que se prepare para luchar conmigo.

Mas al ver que el júbilo brilla en los ojos de Lorna, advierte:

—Todas las ventajas están de mi parte. El es un cobarde y se lo demostraré a usted.

Y de pronto, dejándose llevar por un arre-

bato, estrecha entre sus brazos el cuerpo grácil de la muchacha. Le atrae Lorna, pero advierte que hay odio en los ojos de ella. Y por primera vez, no siente afán en hacer valer su fuerza. Amenaza, sin embargo:

—Usted sabe que la haría mía, si yo quisiera... Pero hay algo en esta manera de jugar que me encanta.

Y se aparta de Lorna. Luego en una cortesía burlona, añade:

—Recorra usted todo el barco, miss Marsh, y familiarícese con todos sus rincones para refugiarse en el más oculto...

Y riendo su propia gracia, Larsen se dirige allí donde el timonel cuida de la ruta del velero.

* * *

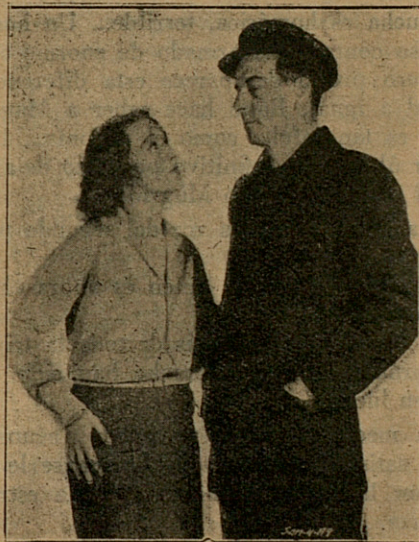
Pasan los días y a bordo de *El Fantasma* todo sigue igual.

Unicamente Rand ha experimentado algo de variación. Hay por una parte la simpatía de Lorna hacia él, que le da fuerzas y le hace tener fe en sí mismo; luego el trabajo que no le deja hacer el vago y por último que no ha vuelto a probar el licor.

Mugridse, el infeliz Mugridse, es el tirano que tiene ahora que soportar el americano. Como todos los débiles, el cocinero gusta de hacer padecer a los demás. Y quizá en más de una ocasión ya se hubiera impuesto Rand de no ser que le atemoriza el recuerdo de los puños de Larsen, ya que no duda de que éste defendería a quien ha puesto por encima de él.

Pero un día... Una inexperiencia de Rand es causa de que la cocina del buque se inunde de porquería, y que esta porquería torne negra

como el hollín la ya no muy limpia cara de Mugridse. En realidad está tan cómico que Rand no puede impedir se le escape la risa. Pero el



—Recorra usted todo el barco...

cocinero tiene malas intenciones y si una cosa le molesta es que se burlen de él. Además que Rand para Mugridse es algo todavía más infeliz que él mismo.

Y el americano deja de reír. Ve ante sí a Mu-

gridse que avanza armado de descomunal cuchillo. Es preciso atacar para no ser atacado. Y en un arranque el muchacho se abalanza sobre su agresor.

La lucha es homérica, terrible... Un hombre indefenso contra otro armado de enorme cuchillo... Pero presto desaparece esta diferencia y de igual a igual, Rand hace saber a Mugridse que no es tan infeliz como él suponía... Hasta que por último un definitivo puñetazo deja exánime al mal aconsejado Mugridse.

Y cuando a la irónica voz del segundo piloto que le da su boina:

—Apostaría a que sé quién es ahora el jefe de la cocina...

Rand observa que además de toda la tripulación Lorna y Larsen y Smoke han sido testigos de su lucha.

Y en medio de todo, no puede menos de sentirse satisfecho al ver que Larsen se le adelanta con la mano extendida y se la estrecha con fuerza.

—Bien—dice el capitán—; eres más hombre que Mugridse. Pero para eso no se necesita mucho. Lo cierto es que cuando lleguemos al término del viaje me tendrás que agradecer el haber hecho de ti un hombre.

Rand comienza a comprender que así será.

Pero Larsen no es por mucho tiempo un hombre bueno. Ha visto que Rand y Lorna son ahora muy felices. Él por haber advertido que ya no

es un fracasado. Ella por hallar confirmación en su suposición de que él puede ser un hombre.

Y de pronto con voz estentórea, manda a Rand:

—¡Ahora una pequeña lección de náutica!— Y como el muchacho le mira sorprendido, aclara: — Sube al palo y cambia esa vela.

Comprende el joven que no hay más remedio que obedecer. Toda la tripulación está silenciosa en tanto que él se encarama no muy hábilmente por la escala. Y de pronto, el segundo piloto, se adelanta y propone:

—Es demasiado peligroso para un principiante, señor. Yo subiré en su lugar.

La respuesta del Lobo es seca como un disparo:

—¡Cállate, imbécil, si no quieres que te aplaste las narices!...

Y entretanto, en las alturas Rand se ve y se desea para cumplir el cometido impuesto. No quiere mirar abajo porque ya una vez lo ha hecho y ha sentido que se le velaban los ojos. Ha visto el mar a sus pies... tiburones... y muy pequeño el barco al cual pertenece el palo donde se halla encaramado.

Los gritos del capitán llegan hasta él muy lejanos pero terribles...

Con trabajo va avanzando por la vela, y siente que el abismo le atrae abajo, abajo...

Un marino, el viejo Jones, que se halla junto al timonel propone a éste:

—¡Hay que ayudarle! Varía el rumbo y desplégale las velas...

El piloto asiente en silencio, pero apenas si ha comenzado a hacer girar la rueda, cuando resuena amenazadora la voz de Larsen:

—¡Te estás desviando! ¡Firme el timón!

Y de pronto suena un alarido. Es Lorna quien lo han lanzado, Rand acaba de resbalar.

Pero no, no cae... Ha quedado sujeto por la cangreja, cuelga cabeza abajo, pero no corre peligro si sabe dominar el miedo que tiene.

Alguien ha gritado a Rand:

—¡Agárrate fuerte ahí!

Y a los ojos de Larsen, asombrado por la audacia de la gesta, el segundo piloto se encarama como un gato por la escala. Es inútil que el capitán grite y amenace... El segundo piloto llega hasta el casi desvanecido Rand agarrado con manos crispadas al palo, y gracias a la ayuda del marino, el americano pisa cubierta, donde casi desvanécese como consecuencia de la fuerte excitación nerviosa que experimenta.

Todo parece haber finido así, pero no; que Larsen no olvida. Una entrevista ha de tener lugar entre el segundo piloto y el capitán. Los hombres de la tripulación están sombríos...

Al día siguiente en el diario de a bordo, aparece la siguiente inscripción:

James Smith, el segundo piloto del barco, ha fallecido como consecuencia de las heridas que

recibió cuando salvó a Rand de morir estrellado. Seguimos el rumbo trazado. Buen tiempo...

Aquella es la gota que colma el vaso de la paciencia de los más exaltados...

Todo el día la tripulación está más sombría que nunca. Hay conciliábulos. Smoke da cuenta a su jefe de lo que sospecha. Los hombres traman algo. Pero el Lobo Larsen no presta mucha atención a ello ¡Bah!, piensa, no teme a nadie.

Mas por la noche, cuando se hallan a popa hablando el capitán y el segundo, y el timonel conduce el barco de acuerdo con la ruta señalada, dos sombras avanzan con cautela hasta situarse detrás de los dos confiados superiores.

Luego se oyen dos grandes chapoteos en el agua...

Y cuando el timonel se vuelve se encuentra con Jones y Leech que no le miran con muy buenos ojos.

El deber del timonel sería dar la voz de alarma, pero en lugar de ésto cree es más conveniente afirmar:

—Yo no he visto ni he oído nada.

* * *

En aquella misma hora, Rand acaba de firmar las paces con el cocinero con un fuerte apretón de manos. Ha sido necesario para ello que Mugridse viera que su ex subordinado se hallaba completamente dispuesto a manejar un cuchillo igual al que él estaba afilando en medio de las más alusivas amenazas... Pero lo cierto es que la paz existe.

Y como en medio de todo, el cocinero no es más que un infeliz bonachón, extrema su buena voluntad hacia el que hasta un momento antes considerara como su peor enemigo.

Desaparece un momento para traer al americano su traje claro. Pongérselo haberlo planchado y dejándolo limpio sin que tocara nada de los bolsillos, por la sencilla razón de que nada había en ellos.

Y Rand no puede menos de sonreír agradecido.

Y aquella sonrisa aumenta aun más la obsesividad del voluble Mugridse. Quita a su compañero el cuchillo que tenía en las manos y afirma:

—El pelar patatas es indigno de usted, señor. Deje que yo lo haga—. Y luego, con tono melancólico, que no puede resultar más cómico, asegura: —También yo podría haber llevado otra vida de no ser por una desgracia que me aconteció en mi juventud.

Y de repente, recordando, añade:

—Se me olvidaba darle un recado. Ella quiere verle a usted arriba.

Esperanzado Rand acude a la cita. Pero en todo el barco no ve a la muchacha. Sólo el timonel que taciturno contesta con un gruñido a su saludo.

Rand piensa que la vida es bella, muy bella. Ya no tiene como antes deseos de perderla... De pronto se estremece: ha creído oír un rumor extraño en el agua.

Pero en este momento llega Lorna. Y todo lo del mundo no tiene importancia para el joven como no sea ella.

—El cocinero me ha dicho que usted quería verme—le explica viendo que ella no da comienzo a lo que quería comunicarle.

En el rostro de Lorna se refleja la estupefacción.

—Parece ser que Mugridse quiere hacer las veces de Cupido—dice con una sonrisa encan-

tadora—. A mí me ha dicho lo mismo de parte de usted.

Rien los dos, satisfechos, llenos de júbilo y de vida...

Y en estos momentos llega claro a oídos de ambos, un grito que sale del agua. No les cabe duda a Lorna y a Rand: es de Larsen el Lobo.

Son precisos los esfuerzos de los dos para elevar su enorme corpachón a bordo. Y Lorna se estremece al ver que cerca de la sien derecha, Larsen presenta una profunda herida.

Rand, dando en olvido todo, propone:

—Baje usted y le pondré una venda.

El capitán arroja a los dos jóvenes de su lado, al tiempo que dice con orgullo:

—Smoke quiso cogerse también a la corredera, pero yo pude más...

Y luego mirando a los ojos de Rand, añade:

—¡Los fuertes siempre triunfan, Rand!

Y tambaleándose, pero temible aún, Larsen se dirige al rancho de la marinería. Antes de bajar oye una voz ronca que dice en voz baja:

—Mañana por la mañana yo tomaré el mando. Tú serás mi segundo.

El Lobo no puede adivinar quién ha hablado. Se lo impiden los zumbidos que tiene en la cabeza. Y desgraciadamente está tan pesado que no puede evitar hacer ruido. Y antes que acabe de bajar la escala, el rancho está a oscuras. Han apagado la vela que estaba encendida un momento antes.

Pero el Lobo Larsen, aun sabiendo que la

traición le acecha en la sombra, no deja de tratar de saber quién ha sido el que le ha atacado a traición. Y de pronto al llegar junto a los camastros donde reposan Jones y Leech, descubre el pábilo aun humeante de la apagada luz.

Su mano avanza hacia el más joven de los dos...

Y entonces se traba un combate terrible en la obscuridad del rancho. Los marineros todos, despiertos, acuden presurosos a luchar contra el enemigo común... Y el Lobo se ve forzado a marchar; nada puede contra todos, pero no olvidará la afrenta.

Y cuando más tarde, Rand, ayudado de Lorna, le cuida sus heridas, el capitán de *El Fantasma* sonríe al advertir quién es fiel únicamente para él.

Y su voz bronca define así su manera de sentir:

—Bien, Rand. Me has hecho un buen servicio y te voy a dar un ascenso. Serás el segundo de a bordo, en lugar de Smoke.

El americano le mira con ojos desconfiados.

—¿A qué viene tanta generosidad?—inquire.

El capitán sonríe burlescamente:

—Algún día hemos de luchar los dos, y no sería digno de mí hacerlo con un ayudante de cocina.

Rand, luego que se hallan lejos de la presencia del capitán, dice a Lorna, con voz en la que vibran las más encontradas pasiones:

—¡Sí, lucharé con él y pronto! ¡No puedo soportar que la asedie con sus miradas! ¡Tengo que matarlo!

La mano de la muchacha se posa sobre la de su compañero. ¡Cuánto le agradece aquellas palabras! Pero sacude negativamente la cabeza, al tiempo que dice:

—Yo sabré guardarme. Larsen le mataría a usted... Y sin usted, ya nada me importaría nada...

Rand se estremece. La mira y ella también...

En tanto, *El Fantasma* surca los mares buscando las focas que motivan el viaje tan prolongado...

.

La pesca de focas ha terminado. Los barquichuelos que han servido para la caza de los anfibios regresan formando flotilla.

Cuando la última de ellas ha dejado a sus tripulantes a bordo de *El Fantasma*, Larsen da esta orden:

—Cuando las focas estén a bordo, puedes virar—dice al piloto.

El hombre le mira con ojos espantados. Y señalando un punto que casi se confunde en la lejanía, advierte:

—Pero no ha llegado todavía el bote número tres, en que van Jones y Leech, señor.

Una sonrisa acerada aparece en los labios del capitán.

—¿Quiénes fueron los que nos echaron al

agua la otra noche a Smoke y a mí?—pregunta—. Jones y Leech, ¿no es cierto?

Y aquella sonrisa se acentúa todavía más, al notar la cara de espanto que pone el aterrado piloto.

Larsen se encuentra en plena racha maléfica... Su segunda víctima es el infeliz Mugridse, al que obliga a tomar un baño so pretexto de que va demasiado sucio... Sin embargo, la broma, que en un principio todos corearon riendo, se torna trágica al distinguir cerca del infeliz cocinero la aleta terrible de un tiburón...

Y un cuarto de hora más tarde, al entrar en la cámara, donde se encuentran Rand y Lorna, Larsen tras dirigirles una mirada desconfiada, manifiesta encarándose con el primero:

—Te voy a dar otro ascenso, Rand: serás ahora doctor. Un tiburón le cortó un pie al cocinero...

* * *

El choque entre Allen Rand y el Lobo Larsen ha tenido por fin lugar. La causa ha sido, por descontado, Lorna. Y Rand ha llevado la peor parte. Y si Lorna se ha salvado del destino que brutalmente había dispuesto Larsen, se debe a la inopinada presencia del barco del "cariñoso" hermano: del barco de "Muerte Larsen".

Aprovechando la baraúnda del combate que se ha entablado entre los tripulantes de ambos barcos, Lorna y Rand han escapado a bordo de un bote gracias a la ayuda que les prestó un marino llamado Nilson.

Durante horas y horas ha vagado el botecito por la inmensidad oceánica. Dos o más días han transcurrido y ya han llegado los dos jóvenes a las postrimerías de sus fuerzas.

—Lorna...—dice Rand con voz quebrada—. Lorna querida, el agua se nos acaba. No tenemos tampoco comida... no tenemos nada... Sólo el mar y nosotros.

La respuesta de la muchacha le transporta a él a un cielo de felicidad.

—Ya no hay razón para que me calle ahora, Allen. ¡Te amo!

Él la mira casi no creyendo sea posible para él aquella dicha. Y cuando convencido la estrecha entre sus brazos y cubre su rostro de besos, murmura agradecido:

—Desde que te encontré a ti, he ido encontrándome a mí mismo. Me siento otro hombre...

Y cual si la Fortuna se empeñase de repente en ayudarles, ante sus ojos se presenta la silueta lejana de un barco. ¡Están salvados!

Pero Lorna es la primera en reconocer el velero—o mejor dicho, los restos—que ante sí tienen. Con un grito le hace saber que es el del capitán Larsen.

Pero a Allen le acucia el hambre y le sostiene el amor de Lorna:

—Necesitamos agua y comida—dice—. Vamos a ir a bordo.

Cuando finalmente posan su planta en el destrozado buque, es cuando mejor aprecian el mal estado en que se encuentra. "Muerte Larsen" ha hecho ciertamente un buen trabajo. Y el barco parece abandonado...

Pero no, que ante ellos acaba de aparecer el Lobo. Pero un Lobo extraño que camina tambaleante y apenas si puede sostener el rifle que lleva. Y cuando Rand a traición consigue quitarle el arma, advierte que el capitán se halla ciego.

Este le reconoce. Su voz es tan bronca como siempre e inquieta si Lorna se halla todavía con él. Y ríe al saber que sí. Luego informa que Mugridsen le dejó ciego con un hierro candente en pago del pie que perdiera por su causa. Y además que se halla destrozado por dentro, si bien su hermano necesitó de seis hombres para vencerle...

Su maldad se manifiesta hasta el último momento. Sabedor de que Rand ha subido a bordo para coger provisiones y tomar una brújula, mientras la pareja se dedica a la búsqueda de comida, destruye todo lo que pueda servir de guía y hace trizas, con una pesada polea, el barquichuelo que trajera a Rand y a Lorna hasta el barco...

¡Y cuán sangrientas son sus burlas para los infelices enamorados!...

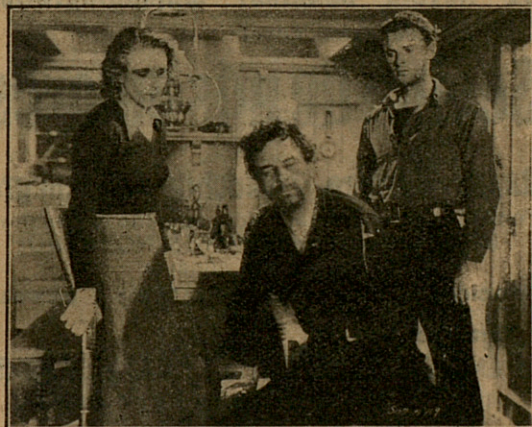
Pero es aquella su última maldad. Larsen el Lobo ve extinguir su vida lentamente a causa de sus heridas... Y por fin, su última gesta es ayudar a Rand para encontrar el camino de su libertad.

Y el velero de Larsen, conductor de dos almas enamoradas, parece avanzar con más orgullo que cuando era portador de su malvado jefe.

Firme a la rueda del timón está Allen. A su lado Lorna.

—Larsen dijo que manteniendo la estrella Norte a la derecha seguiremos el camino más corto para llegar al Japón—murmuró acogiéndose a su hombro.

—Sí—dice él, apretándola contra sí—. El camino más corto hacia nuestro pasado... Un



Pero es aquella su última maldad.

pasado que no ha de volver para nosotros.

Y los ojos de la pareja se posan en la estrella que es su guía...

FIN

Gran éxito, en las
EDICIONES ESPECIALES DE
La Novela Semanal Cinematográfica

La interesantísima novela

Sevilla de mis amores

por

Ramón Novarro y Conchita Montenegro

Formidable asunto hablado y cantado en español.

Bellas canciones por **RAMÓN NOVARRO**

Letra de las mismas

Precio de la novela completa: 1 peseta

En breve:

HORIZONTES NUEVOS

por **Carmen Guerrero y Jorge Lewis**

y a petición de numerosos lectores:

BEN-HUR

(VIII ediciones)

por **Ramón Novarro**

Magnífica presentación

Precio excepcional: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA